

El entorno social de las instituciones educativas ante la educación intercultural¹

Carmen Tabernero Urbieto, Elena Briones Pérez* y Alicia Arenas Moreno*

Universidad de Córdoba, Universidad de Salamanca

Córdoba, heredera de siglos de arte, historia y cultura, ha sido la representante del cenit de la civilización de su tiempo, y uno de los paradigmas de la tolerancia y la convivencia armónica entre étnias, culturas y religiones. Podríamos preguntarnos ¿cómo ha sido posible esa tolerancia? y ¿cómo han podido convivir durante siglos señales de identidad en representación de valores, culturas y religiones tan diferentes? Las respuestas a estos interrogantes suponen un desafío para la sociedad global de nuestros días máxime cuando el fenómeno de las migraciones plantea el reto de la diversidad social y cultural y el progresivo crecimiento de importantes grupos minoritarios. A pesar del descenso de la natalidad, actualmente España, gracias al aumento de las migraciones, ha experimentado un crecimiento de la población. No obstante, debemos resaltar que para algunas personas este crecimiento supone una ganancia mientras que para otras significa un claro retroceso.

Como consecuencia de este crecimiento, y de forma paulatina, nuestra sociedad se torna cada día más pluricultural, con una mayor variedad de culturas, lenguas, religiones, expectativas y proyectos de vida. Actualmente, considerando el número de inmigrantes residentes en nuestro país, el 8% de la población está formado por estos grupos minoritarios. Incluso si analizamos los flujos migratorios de los países de nuestro entorno inmediato, se puede observar que España ha sido el país con mayor incremento en la inmigración doblando el porcentaje de inmigrantes recibidos en la última década. Todo hace pensar que en estos momentos, España, se ha convertido en un destino para muchas personas que deciden abandonar su país, aunque no necesariamente este cambio conlleva desprenderse de las señas de identidad social y cultural.

Pero ¿qué papel puede jugar la Educación ante esta sociedad multicultural? La llegada de niños y niñas inmigrantes en edad escolar ha supuesto definitivamente la evidencia de la falta de homogeneidad en el alumnado (dado que los alumnos inmigrantes se concentran en determinadas poblaciones y que se dirigen a las escuelas públicas, el porcentaje del 8% puede ser mayor en determinados centros escolares). La investigación que estamos desarrollando desde este grupo nos ha permitido verificar que algunos centros tienen un porcentaje de inmigrantes superior al 90% y paradójicamente están muy próximos a otros centros con un porcentaje casi nulo. Debemos recordar que las minorías étnicas no comparten rasgos de identidad homogéneos. Aunque desde la perspectiva del grupo mayoritario (los nativos), los inmigrantes suelen ser percibidos como un grupo

¹ Esta ponencia ha sido elaborada a partir del marco teórico del proyecto de investigación I+D+I financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (BSO2003-09222).

homogéneo, error de percepción al que denominamos sesgo de homogeneidad exogrupal. En ocasiones sus culturas, religiones, creencias, costumbres, metas, etc. son tan variadas como lo son las de la población autóctona española. Por ello, a la diversidad ya de por sí existente en la población española debemos añadir la que procede del fenómeno migratorio.

Por todo ello, **desde el paradigma de la interculturalidad los desafíos en la educación** consisten en preservar la identidad cultural de los alumnos, lograr la igualdad efectiva de oportunidades, compensar las desigualdades y fomentar la cohesión y justicia social. En esta ponencia vamos a abordar la importancia de que las personas puedan asumir y preservar su identidad cultural central al tiempo que establecen su apertura a otras culturas. Para ello, abordaremos cómo se construye el self en función de la identidad personal, social o cultural. Creemos que estas premisas deben acompañar al quehacer diario de un educador en el **análisis y comprensión del entorno social** y la consiguiente toma de decisiones de su quehacer diario.

La construcción de la identidad

Al consultar cualquier manual básico de psicología social podemos observar que éstos contienen un amplio listado de términos como: Auto-esquemas, auto-complejidad, auto-verificación, auto-evaluación, auto-observación, auto-inhabilitación, auto-referente, auto-presentación, auto-monitorización o auto-afirmación. Todos ellos denotan la constante preocupación por estudiar el “self” o “autoconcepto”. En principio este término aporta un marco de conexión para la psicología de la personalidad y las teorías de la psicología social. Considerando los cambios en los intereses científicos por estudiar algunos constructos y abandonar otros, podríamos decir que en las últimas décadas los psicólogos sociales han centrado más sus esfuerzos en analizar todo aquello relacionado con “la identidad”, “el auto-concepto”, “el sí mismo” o “el self”.

Analizando estos cambios de intereses científicos, podemos constatar que en la base de datos *PsycINFO* del año 2001 a la palabra “SELF” se encontraba recogida en un total de 13152 registros, libros o artículos, un número ocho veces mayor de lo que aparecía en 1970. Continuando con este análisis, también podemos observar el interés por otras variables como la “CULTURA” que ha experimentado un incremento en casi un 10%, pasando de 369 a 3422 registros. Considerando ambos conceptos conjuntamente vemos cómo el incremento es considerablemente mayor, llegando a superar un incremento del 30%. Pues bien, este es precisamente el tema que vamos a abordar en esta ponencia sobre “el entorno social ante la educación intercultural”.

Concretamente, el listado de términos expuestos anteriormente tiene un punto de partida muy individual y muy poco social puesto que la mayoría de ellos se centran más en la introspección que en analizar el self dentro de un contexto social y cultural dinámico. El self puede ser entendido como un concepto simple aunque complejo al mismo tiempo. No sólo es un constructo mental localizado innatamente en nuestras cogniciones, también es un constructo social y cultural en continuo

desarrollo, un self como agente de acción, dinámico y con la capacidad de comenzar una comunicación simbólica y desarrollar su propia autoconciencia.

Así, en esta ponencia hablaremos de un self social y cultural puesto que entendemos que éste no se desarrolla aisladamente sino que se construye en un contexto que engloba tanto la edad, el género, la profesión, la religión, los valores, las raíces familiares como los grupos de pertenencia, ya sean éstos mayoritarios o minoritarios. Por ello, la definición más comúnmente aceptada de autoconcepto recoge tanto cogniciones como emociones o comportamientos, y consecuentemente, entendemos por **autoconcepto** la suma total de las creencias o cogniciones personales sobre sus propios atributos incluyendo la afectividad, el comportamiento, las cogniciones y otras disposiciones.

Pero esta definición social del self no es nueva, a continuación pasamos a analizar los orígenes en el estudio del self para comprobar que ya en el siglo XIX se recogía la importancia social en la construcción del self.

Evolución histórica

William James (1842-1910) utilizó el término de “self empírico” para referirse a todas las formas posibles en las que las personas puedan pensar de sí mismas, encontrando tres categorías fundamentales: un self material, un self social y un self espiritual.

1) Respecto al “**self material**”, James distingue a su vez dos tipos, uno corpóreo (mis piernas o mis brazos) y otro extra corpóreo relacionado con otras personas (mis hijos), mascotas (mi perro), posesiones (mi coche), lugares (mi ciudad) y la producción de nuestras acciones (mis publicaciones). Una de las aportaciones más interesantes en este sentido se centra en destacar el valor emocional del self, incluso del self material si consideramos que nos podemos sentir emocionalmente dañados al sufrir un pequeño roce en el coche. Nuestras posesiones tienen una función simbólica puesto que nos ayudan a definirnos a nosotros mismos incluso podríamos decir que tenemos una cierta tendencia a adquirir o exhibir señales y símbolos que nos identifiquen, pero también tienen la función de ayudar a perdurar, mantener nuestra imagen con el transcurso del tiempo, conseguir la inmortalidad a través de cartas, fotografías y otros recuerdos. Incluso las personas muestran una tendencia a valorar las iniciales de su nombre como un signo de identidad. Por todo ello, James afirma que nuestro self material se extiende a aquellos objetos a los que les colocamos el posesivo “mi”, como “mis iniciales”.

2) También habla de un “**self social**” al analizar la valoración y consideración que las personas hacen de nuestro self. Brown (2001) identifica este self como una “identidad social personal”. Así una persona puede tener más de un self y ser identificado de forma diferente atendiendo al significado del self según el grupo de referencia de aquellas personas que lo componen. Las teorías contemporáneas más actuales han recogido dentro de este self social cinco tipos de identidades sociales, algunas de ellas son adscritas a la persona y otras son adquiridas:

a) Relaciones personales (padres, hermanos)

- b) Origen étnico y religión (afro-americano, gitano, musulmán)
- c) Afiliación política (conservador, liberal, pacifista)
- d) Pertenencia a grupos estigmatizados (alcohólicos, criminales, drogadictos)
- e) Profesional (profesor, artista)

Pero lo importante no es sólo las identidades que reflejamos con estos roles sociales, lo importante es cómo los demás nos valoran y reconocen en el desempeño de estos roles e incluso cómo pensamos que somos evaluados.

3. Por último, James habla de un “**self espiritual**” que corresponde con nuestro self psicológico. Sería todo aquello a lo que denominamos “mi” sin ser un objeto tangible, persona, lugar o rol social. Por lo tanto serían nuestras actitudes, sentimientos, capacidades percibidas, emociones, intereses, motivos, opiniones, rasgos y deseos, algo que más adelante Rosenberg (1979) llamaría identidad personal frente a la identidad social.

Convendría resaltar que hace más de un siglo, James ya afirmaba que podrían existir diferencias culturales en la importancia dada a la identidad. Así, señalaba que las personas establecerían una jerarquía sobre el self predominante donde sería más importante la identidad personal (el self espiritual) que la identidad social (el self social). En la última parte de esta ponencia veremos cómo esta idea ha despertado gran interés en la última década donde numerosos investigadores como Markus, Kitayama o Triandis han reflejado una visión individualista o colectivista de la cultura según la consideración dada a la identidad personal versus social.

Técnicas clásicas en el estudio de la identidad social

Deberíamos realizar un pequeño ejercicio de reflexión antes de continuar, consiste en responder a la pregunta “**¿Quién soy yo?**” Elaborando un listado de unos 20 calificativos. Es decir, elaborar el listado diciendo “yo soy ...” e intentar dar veinte respuestas diferentes a esta cuestión.

Kuhn (1969) parte de la hipótesis de que la conducta de un individuo depende de su identidad, y su identidad se genera en base a la posición que el individuo ocupa en la sociedad. Para verificar esta hipótesis desarrolla el *Twenty Statement Test* (TST), donde se pide a cada participante que responda 20 veces a la pregunta ¿Quién soy yo?

En un principio los individuos responden en base a categorías sociales que designan un papel, estatus o pertenencia a un grupo (p.ej. hombre, estudiante, católico...); después de haber agotado las respuestas a estas preguntas consensuales o “etiquetas sociales” pasan a las respuestas subconsensuales, subjetivas o idiosincrásicas (p.ej., feliz, preocupado, inteligente...).

Gordon (1968) utiliza la misma técnica y pide a 156 estudiantes de ambos sexos que respondan 15 veces a la pregunta quién soy yo. Las categorías de identidad social como la edad, la ocupación y el sexo forman parte del concepto de sí mismo del individuo; sin embargo estas categorías varían en función de las categorías sociales a las que pertenece el individuo. Así una situación de minoría avivaría en los individuos las categorías que les hacen ser grupos minoritarios.

Shaffer y Sherif (1973) afirman que las respuestas a la pregunta “¿quién soy yo?” variarán también en función de la situación social en la cual se formulan las preguntas. Así utilizan el test en dos situaciones: en el aula de una escuela y en un laboratorio de psicología donde los estudiantes creen estar pasando por un estudio de su personalidad. Los resultados demuestran que en esta segunda condición el número de respuestas que se obtiene es mayor y las respuestas son más detalladas.

Por último, **Zavalloni** (1973) analiza la forma en la que la pertenencia a determinados grupos (nación, clase social, género, etc.) es susceptible de afectar la percepción del sí mismo y a los valores personales y viceversa. Para ello, pide a los individuos que digan aquello que se les viene a la mente cuando evocan a los miembros de un grupo al que pertenecen pensando “Nosotros los..” o “Ellos los...”. Después se les pide que hagan lo mismo con respecto a ocho categorías (nación, sexo, religión, ocupación, clase social, simpatías políticas, grupo de edad, estatus familiar...). Este procedimiento se denomina Inventario de Identidad Social. Cuando el grupo calificador es “nosotros”, el grupo de pertenencia es descrito con ayuda de calificativos egomórficos, es decir, que se aplican a uno mismo, mientras que cuando los individuos responden a las preguntas de tipo “Ellos” dan mucho más fácilmente descripciones negativas. Los grupos sociales no representan una simple yuxtaposición de elementos sino que constituyen *un todo dinámico*, siendo cada individuo simultáneamente miembro de numerosas categorías. En el sentido opuesto nos encontramos con que los grupos sociales pueden estar interesados en incluir a los individuos en algunas ocasiones desde un punto de vista egomórfico y en otras no. Las palabras de A. Einstein, antes de saber si su teoría sería aceptada o no, recogen muy bien este efecto:

“Si finalmente se afirmara que la Teoría de la Relatividad es correcta, los alemanes clamarían que soy alemán, los suizos que soy ciudadano suizo y los franceses dirían que soy un gran científico. Pero si mi teoría no se verificara los franceses dirían que soy suizo, los suizos que soy alemán y los alemanes dirían que soy judío”.

Teorías contemporáneas

1. Identidad personal e identidad social

Recogiendo las aportaciones realizadas por los estudios presentados anteriormente, podemos afirmar que la visión que tenemos de nosotros mismos al responder a la pregunta “¿Quién soy yo?” refleja las dos formas básicas de la identidad: personal y social. Al hablar de identidad personal destacamos nuestros valores morales, sentimientos, el juicio de capacidad, ... todo aquello que nos diferencia de los demás. Sin embargo, al hablar de identidad social señalamos las categorías sociales a las que pertenecemos y con las que nos sentimos identificados y positivamente valorados (familia, género, ocupación...). Si bien la teoría de la Identidad social (Tajfel y Turner, 1985) explica el comportamiento de los grupos, en esta ponencia vamos a abordar la perspectiva del individuo, es decir, la construcción del autoconcepto desde un marco social y cultural.

Pero antes de pasar a presentar la teoría de la identidad social frente a la identidad personal, podría ser conveniente analizar detalladamente el cuestionario propuesto por Brown (2001) para evaluar las diferencias en intensidad que las personas dan a sus diferentes identidades. El objetivo al presentar el cuestionario es, por tanto, ayudar a comprender y diferenciar estas dimensiones. Para entender más ampliamente el contenido de la identidad personal, social y cultural es necesario fijarse en el significado de los ítems que representan las siguientes dimensiones:

⇒ **Identidad personal:** La percepción interna de las cualidades y valores personales.

⇒ **Identidad social:** La forma en la que pensamos que los demás nos reconocen y valoran.

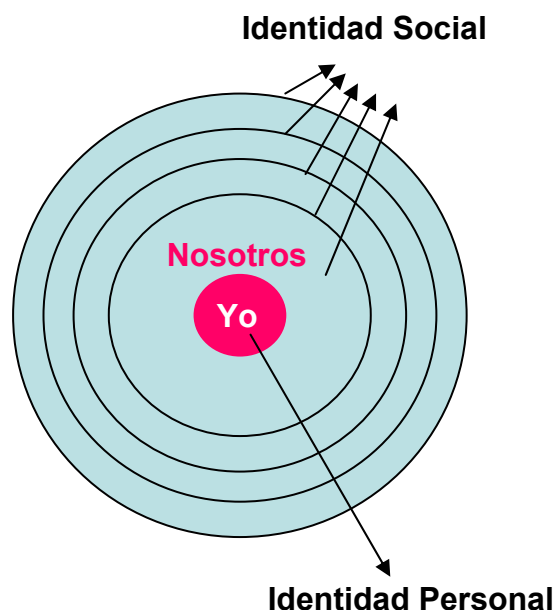
⇒ **Identidad cultural:** El sentimiento de pertenencia a grupos sociales amplios tales como el origen étnico o la religión que profesamos.

Siguiendo con la hipótesis planteada por Brown (2001), según la cual culturalmente se daría una importancia diferencial a la identidad, pasamos a presentar algunos resultados que muestran estas diferencias: Una gran parte de los estudiantes estadounidenses muestran puntuaciones más elevadas en los ítems que reflejan su identidad personal, sin embargo aquellos con procedencia asiática parecen dar un valor más elevado a su identidad cultural de lo que lo hacen aquellos con procedencia europea. Además, algunos autores (Kashima et al., 1995; Markus y Oyserman, 1989) han constatado cómo a lo largo de diferentes culturas las mujeres tienden a verse a sí mismas en interacción con otros colectivos, lo cual refleja un valor elevado en la escala de identidad social.

Viendo los resultados obtenidos por la población estadounidense según los cuales mayoritariamente se valora la identidad personal, no nos sorprende que la **psicología social americana** haya introducido la teoría de la identidad social como una teoría del self, interpretando que la identidad social es un aspecto del individuo, de su self, así el autoconcepto es una señal de diferenciación interna. Brewer (1991) critica la importación americana de la teoría de identidad social como una visión etnocéntrica del self, propia de una visión del mundo occidental e individualista. Pasando a un ejemplo concreto que nos ayude a explicar esta visión del self, imaginemos cómo construye un alumno su identidad, éste va estableciendo comparaciones que le permitan diferenciarse de los grupos de referencia seleccionados como los compañeros de clase, los alumnos del colegio, los amigos del barrio, etc. El marco de referencia más inmediato son los compañeros de clase, dentro de este marco las características más destacables serían los intereses de ocio y tiempo libre, algo que le permite establecer diferencias con el resto de los colegas y compañeros de clase.

Para la psicología americana la identidad social es algo directamente asociado con la autoestima. Gran parte de las investigaciones desarrolladas en este contexto se han centrado en evaluar cómo varía la autoestima cuando las personas son asignadas a diferentes grupos de pertenencia. Desde la **Psicología Social Europea** esta teoría, desarrollada por psicólogos de la Universidad de Bristol como Tajfel, Turner, Hogg, Oakes o Reicher, implica una visión más amplia del self yendo más allá de una visión a un nivel meramente individual.

Figura 1. El gráfico representa la esencia de la identidad personal desde un único referente, el “yo”, frente a la naturaleza contextual de la identidad social donde cada círculo concéntrico muestra un marco de referencia para la diferenciación-categorización y la comparación social que nos permiten hablar de un “nosotros” para definir nuestro autoconcepto.



Volviendo al ejemplo presentado anteriormente, la identidad social de un alumno incluiría los intereses de los compañeros de su clase con la especialidad de ciencias, su escuela, su barrio, sus amigos. Por lo tanto, en un primer nivel se situaría el self dentro del aula junto a los compañeros de clase (el *endogrupo*) frente a los compañeros de otras especialidades (el *exogrupo*). A través de un proceso de *categorización social* (el establecimiento de categorías o grupos sociales diferentes como clase, colegio, barrio,...) y de *comparación social* (la valoración del propio grupo frente a los demás) el alumno puede sentirse diferente a los demás (reafirmar su *distintividad* frente al exogrupo) dando como resultado su **identidad personal social** (a través de la *identificación* con el endogrupo que satisface la necesidad de verse incluido y aceptado dentro de un grupo). Por lo tanto, a este nivel, las características más destacables del autoconcepto son aquellas en común con los compañeros de la rama de ciencias y que le hacen diferente a los alumnos de otras ramas como las tecnológicas o las letras. Por lo tanto, el alumno junto a sus compañeros pasan a tener una identidad grupal donde su identidad está dentro de un todo.

Siguiendo el mismo proceso, a un nivel superior, el colegio constituye un marco de referencia frente a otros colegios dentro del barrio. El siguiente nivel de identificación lo configuraría el barrio aportando un marco de referencia muy relevante. Podríamos seguir generando marcos de referencia más amplios, pasando por los intereses deportivos de algunas regiones o comunidades, por los intereses de los escolares españoles hasta llegar a los rasgos de identidad europeos. Un aspecto importante es que el autoconcepto se puede expandir y contraer a lo largo de diferentes niveles de identidad social. Según sea el nivel de la *activación* de la identidad social, se activan diferentes identidades sociales que dejan al margen a la propia identidad personal. Es decir, cuando la situación requiere que un alumno asuma su papel de hijo (proceso de activación) se activa esa identidad familiar dejando en un segundo plano otros grupos o categorías de pertenencia. De esta forma el self experimenta cambios en base a la propia evaluación. Cuando la definición del self cambia también lo hacen los intereses y la motivación que acompaña a la acción.

2. Identidad social y distintividad óptima

Siguiendo con las premisas básicas de la Teoría de la Identidad Social, Brewer (1991) sostiene que la identidad social proviene de una tensión entre diferentes necesidades humanas:

- a) la necesidad de validar nuestras creencias y valores para encontrar semejanzas con los demás.
- b) la necesidad de sentirnos seres únicos e individuales.

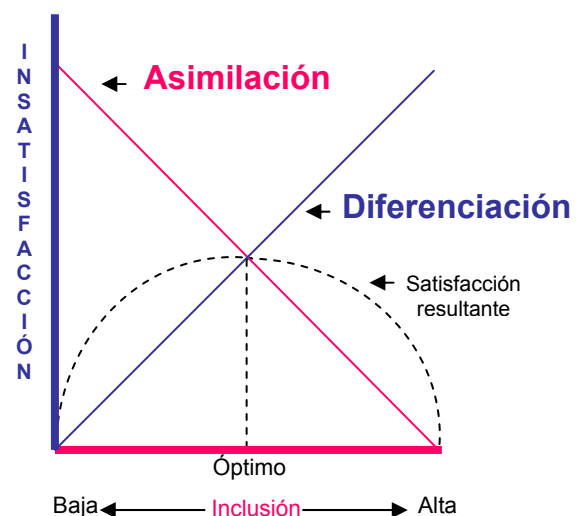
La idea de que los individuos necesitan una combinación de ambas necesidades, cierto nivel de semejanza junto con un cierto nivel de diferenciación, no es nueva. Este concepto está en la base de la teoría de la unicidad (Snyder y Frankin, 1980) y de otros modelos de individuación (Maslach, 1974). En general todos estos modelos asumen que el individuo tiene la necesidad de mantener un grado de semejanza intermedio entre el self y los semejantes.

Pero la Teoría de la identidad social aporta otra perspectiva de cómo este conflicto de necesidades puede solventarse. La teoría de la Identidad Social puede verse como un compromiso entre la **ASIMILACIÓN** y la **DIFERENCIACIÓN** de los demás.

- ⇒ La necesidad de asimilación / individuación se satisface DENTRO de los grupos (el endogrupo)
- ⇒ Mientras que la necesidad de diferenciación / distintividad se satisface en la comparación ENTRE los grupos de referencia (el exogrupo).

Por ejemplo, los adolescentes constituyen un grupo prototípico que nos ayuda a explicar por qué un alumno necesita sentirse miembro del grupo de iguales y lo representa a través de su ropa, su imagen, la música, ... o conductas como el consumo de drogas o alcohol. Todo ello, tratando de diferenciarse de otros grupos de referencia como sus padres. Dentro del sistema de tensiones que supone satisfacer ambas necesidades, un adolescente puede llegar a perder su identidad si presenta un nivel excesivamente elevado de asimilación con sus iguales.

Figura 2. El modelo que representa la identidad social en la figura es función de una integración de procesos opuestos que han demostrado su utilidad en teorías de motivación y emoción. Las necesidades no se representan a través de un continuo bipolar entre similaridad y disimilaridad, las necesidades de asimilación y diferenciación se presentan como fuerzas opuestas e interrelacionadas.



El eje de abscisas representaría el contexto social o marco de referencia donde un individuo puede ser categorizado por sí mismo o los demás a lo largo de la dimensión social “DISTINTIVIDAD – INCLUSIVIDAD” que parte de la unicidad en un extremo (las características que distinguen a un individuo del resto de personas dentro de un contexto social) a la inmersión social dentro de ese contexto (desindividuación). Cuanto mayor es el nivel de inclusividad que un individuo hace de sí mismo, mayor nivel de despersonalización tiene ese individuo en su autoconcepto. Precisamente es lo que le ocurriría en el ejemplo que poníamos cuando un adolescente pierde su propia identidad al asumir la del grupo de iguales. Pero cada punto del continuo de la dimensión de INCLUSIVIDAD se asocia con un nivel de activación dentro de las necesidades de ASIMILACIÓN-INDIVIDUACIÓN. Por ello, la asimilación social está inversamente relacionada al nivel de inclusividad.

En este modelo, el equilibrio o **NIVEL ÓPTIMO DE DISTINTIVIDAD** se lograría a través de la identificación con las categorías al nivel de inclusividad donde el grado de activación de las necesidades de diferenciación y asimilación son exactamente iguales.

Por todo ello, la asociación con grupos demasiado amplios permite generar mayor motivación residual para encontrar o definir una mayor diferenciación del self desde el grupo de identidad, donde demasiada distintividad personal llevaría al individuo a buscar la inclusión en colectivos mayores. La desviación de la distintividad óptima en alguna de las dos direcciones, mucha o poca personalización, debería conducir al individuo al equilibrio dentro del cual la identificación social es mayor y la lealtad al grupo más intensa.

Los principios básicos del modelo de distintividad óptima están presentes en las siguientes premisas (Brewer, 1991):

1. La identificación social será mayor para grupos o categorías sociales en el nivel de inclusividad en el cual se resuelve el conflicto entre las necesidades de diferenciación del self y asimilación con los otros.
2. La distintividad óptima es independiente de las implicaciones evaluativas de los miembros del grupo, sin embargo, a igualdad de condiciones, los individuos preferirán identidades grupales positivas que negativas.
3. La distintividad de una identidad social dada es específica del contexto. Depende del marco de referencia dentro del cual las posibles identidades sociales son definidas en un momento determinado, lo cual alcanza desde los participantes en una reunión social al conjunto de la especie humana.
4. El nivel óptimo de la categoría de distintividad o inclusividad es función del grado de intensidad de las fuerzas opuestas entre asimilación y diferenciación. Para cualquier individuo la intensidad entre ambas necesidades se determina por las normas culturales, la socialización individual y la propia experiencia.

Actualmente la investigación está profundizando en el estudio de la identidad social desde dos líneas centrales (Pickett y Brewer, 2001):

1. Comprender **cómo las personas evalúan estas identidades** específicas. Sabemos que históricamente los grupos minoritarios han arrastrado unas connotaciones muy negativas. Por ello, han sido estigmatizados y objeto de conductas discriminatorias muy diferentes. Esta situación de exclusión lleva a los grupos minoritarios a sentimientos muy diferentes, desde un gran resentimiento a una necesidad de reafirmación en su identidad étnica (Lewin, 1948). Recientemente hemos sido testigos de un cambio importante en cómo los miembros de los grupos minoritarios han mostrado su pertenencia a estos grupos de cara a la sociedad. Así, más que ver el estatus minoritario como un estigma, se intenta promover que los componentes de estos grupos vean dicha pertenencia como un motivo de orgullo. Como consecuencia de estos esfuerzos, se ha observado un cambio en cómo los miembros evalúan su identidad étnica de forma positiva.

2. Una segunda línea de actuación se ha centrado en comprobar **qué condiciones hacen que las personas mantengan su identidad** cuando se exponen a culturas mayoritarias dominantes, es decir el estudio de las estrategias adaptativas de aculturación que veremos a continuación. Precisamente las autoras de esta ponencia centramos nuestra investigación en esta última línea de trabajo (Briones, Tabernero y Arenas, 2005a; 2005b; Tabernero, Briones y Arenas, 2004; 2005).

Construcción social del self

Aculturación y multiculturalismo

El diccionario de la Real Academia Española define aculturación como “la recepción y asimilación de elementos culturales dentro de un grupo humano”. Desde la Psicología Social, y cumpliendo con uno de los objetivos de esta Ponencia como reto para la Educación, se pretende analizar, predecir e intervenir sobre las estrategias de adaptación que las personas desarrollan al entrar en contacto con otra cultura. Eso es precisamente lo que ocurre en las situaciones de inmigración donde los sistemas educativos pretenden facilitar el conocimiento y lograr la igualdad de oportunidades al tiempo que preservan la identidad cultural. En la Figura 3 podemos observar el proceso de cambio que requiere una adaptación psicológica y sociocultural una vez que dos culturas han entrado en contacto.

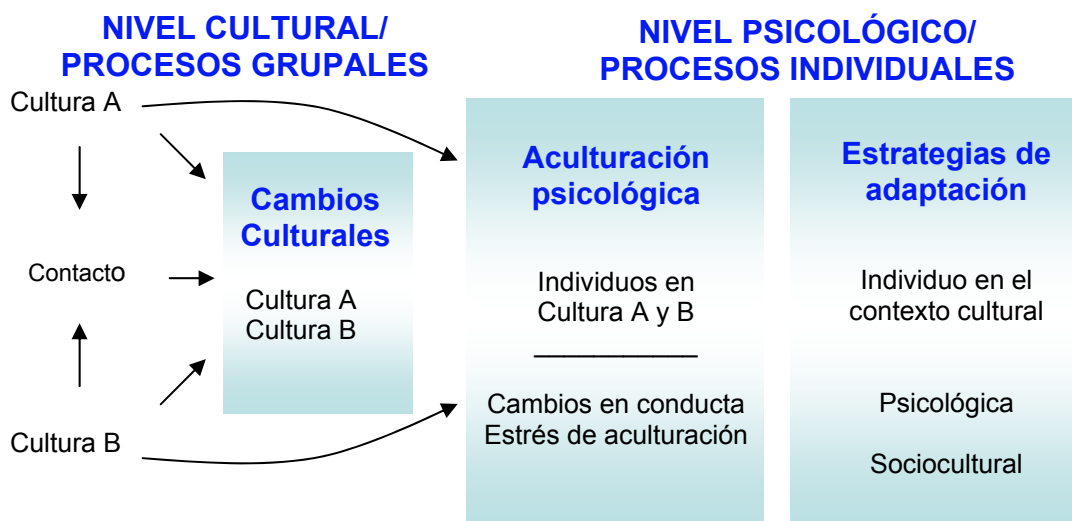


Figura 3. Cambio social: dominación o resistencia como estrategias de adaptación cultural (Adaptado de Berry, 2002).

Como se puede observar en la Figura 3, en este proceso de contacto entre dos culturas se producen cambios tanto a nivel cultural como a nivel individual (la aculturación psicológica que puede desencadenar el estrés de aculturación). Ward (1996) ha recogido dos formas de **adaptación: psicológica**, el bienestar mental y físico, y **sociocultural** donde se enfatiza la capacidad de organizar la vida diaria en el nuevo contexto (capacidad que implica el conocimiento del idioma, la cultura y las relaciones sociales). Dependiendo de las estrategias de adaptación que utilicemos las consecuencias psicológicas y sociales serán diferentes. Recogiendo la esencia de la Teoría de la Identidad Social y la Teoría de la Distintividad Óptima presentadas en el apartado anterior, sería lógico pensar que un inmigrante desplazado a una nueva cultura necesitará satisfacer sus necesidades de asimilación-inclusión y, por lo tanto, buscará aquellas estrategias que le permitan ser aceptado por los demás, es decir intentará asimilar la cultura o integrarse en ella.

Los resultados encontrados encontrados en las investigaciones desarrolladas con inmigrantes escolarizados en distintos I.E.S. de nuestro País (Briones et al, 2005a; 2005b; Tabernero, et al, 2004; 2005) muestran que aquellos inmigrantes que reflejan una identidad cultural elevada tienen mayores probabilidades de sufrir estrés de aculturación al entrar en contacto con otras culturas.

Un estudio de Phinney (1990) nos servirá de ejemplo para ilustrar las posibles aplicaciones al ámbito de la Educación. Este autor realizó una investigación centrada en analizar el cambio de identidad de los niños de procedencia latinoamericana al integrarse en el sistema estadounidense. Durante el primer año de escolarización en el que existe un primer contacto con otra cultura es posible que se reproduzcan cuatro orientaciones dependiendo del grado de identificación con la propia cultura o con la cultura del grupo mayoritario.

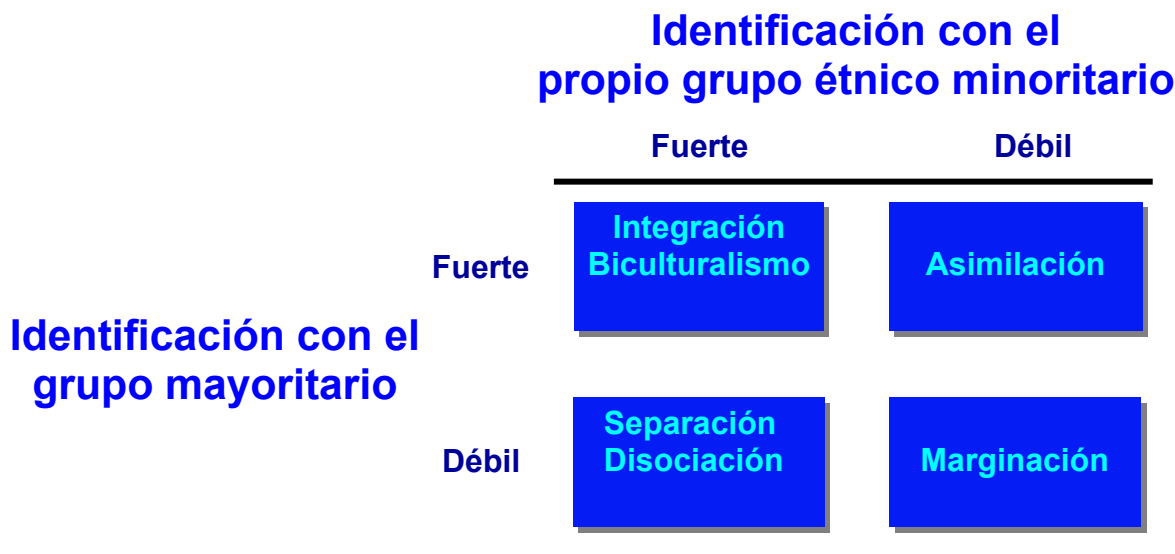


Figura 4. Estrategias de aculturación (Modelo de Berry , 1997).

Cuando los niños adoptan la identidad del grupo mayoritario sin perder su propia identidad, es decir, manteniendo un fuerte sentimiento de identidad con su grupo de referencia étnico pasan por un proceso de aculturación, integración o interculturalismo (véase Fig. 4). Aquellos que abandonan su identidad de origen para adoptar la identidad del grupo mayoritario pasarían por un proceso de asimilación. Sufrirían un proceso de separación aquellos niños que deciden mantener firmemente su identidad étnica rechazando la identidad del grupo mayoritario dominante, mientras que si pierden ambas identidades pasarían por un proceso de marginación.

Recientemente Kosic (2002) ha analizado las estrategias de aculturación que se siguen en Italia por diferentes grupos étnicos. Este autor ha encontrado que cuando las culturas en contacto son semejantes, los inmigrantes optan por la **asimilación** que les permite mantener una alta autoestima a un bajo coste. Sin embargo, cuando las culturas son muy diferentes no es posible establecer una estrategia de asimilación, entonces los individuos de grupos minoritarios optan por la **integración** como estrategia de adaptación, esta estrategia se asocia con los niveles más bajos de estrés. No obstante aquellos grupos que se esfuerzan por mantener su propia cultura rechazando la cultura mayoritaria optarían por una estrategia de **separación**. En este caso se han registrado niveles de estrés de aculturación elevados, aunque desde la Teoría de Identidad Social los individuos mantendrían niveles de autoestima elevados al mantener su propia identidad al considerar que así quedarían satisfechas las necesidades de identificación con la cultura de origen. Por último, cuando en esa lucha por mantener sus propias señas de identidad rechazando la cultura mayoritaria, se pierden los lazos con el propio grupo se estaría adoptando una estrategia de **marginación** que sería la que genera un mayor nivel de ansiedad, alienación y pérdida de identidad.

Hace algunas décadas, los inmigrantes llegaban a un país con el deseo de asimilar la nueva cultura, incluso cambiaban su nombre, el lenguaje o el acento que delataba su origen y adoptaban las normas y costumbres de su nuevo destino. Este es el modelo de inmigración que se observó en Francia en las últimas décadas, así la mayoría de los inmigrantes con independencia de su país de

procedencia se sentían franceses. Este dato contrasta con los altercados sufridos en Francia en el Otoño de 2005. A pesar de que la mayor parte de los participantes en estos conflictos son hijos de inmigrantes de 2ª y 3ª generación, aún siguen siendo considerados inmigrantes por el grupo mayoritario. La realidad social nos indica que los grupos minoritarios tienen mayor riesgo de caer en situaciones de exclusión y marginación social. Por lo tanto, los conflictos se desencadenan por las situaciones de marginación y discriminación, por la falta de inclusión social y el fallo en las políticas sociales y educativas; y no son el resultado de la inmigración. Frente a esta situación, nos encontramos con algunos países y ciudades que se enorgullecen de ser cosmopolitas celebrando su gran diversidad cultural, pluralismo y tolerancia. Esto hace que los nuevos inmigrantes deseen optar por estrategias de integración y no tanto de asimilación. Nuestros datos (Briones et al, 2005; Tabernero, et al, 2004; 2005) también reflejan que la estrategia de integración es la opción más elegida con independencia del grupo étnico considerado.

Phinney (1990) describe algunas conductas que facilitan esta meta en los centros escolares. Entre ellas destacan la participación en actividades étnicas, el uso del lenguaje nativo de forma continuada, la señalización de los espacios comunes en los distintos idiomas o la incorporación de fechas festivas en el calendario escolar. Estas acciones ayudan a mantener la identidad de los grupos minoritarios aceptando la cultura mayoritaria a través del contacto permanente.

Este modelo se relaciona con una línea de investigación sobre **identidad comparativa** que se desarrolla en nuestro país por Huici, Ros y Cano desde los años 80. El interés de su modelo recae en el multiculturalismo que se vive en España por la composición de las autonomías y en Europa por el gran número de Estados que la componen. Así, por ejemplo, estos autores han encontrado que en Andalucía existe una alta correlación entre la identidad nacional y la autonómica, siendo un ejemplo de integración por lo que no supone un conflicto de identidad. Quizá la tradición cultural haya supuesto una predisposición a la **adaptación sociocultural** facilitando los procesos de aculturación.

En relación a esta adaptación sociocultural, recientemente C. Earley (2002) presenta un nuevo constructo llamado **inteligencia cultural** que refleja la “capacidad de una persona para adaptarse con efectividad a un nuevo contexto cultural”. Es el reflejo de la capacidad de obtener y manipular información, realizar inferencias y desarrollar acciones en respuesta a un entorno cultural concreto. Las conceptualizaciones más modernas del constructo “inteligencia” desarrolladas por Carroll (1997) o Sternberg (1999) recogen tres dimensiones de la inteligencia como son la dirección, la adaptación y la autoevaluación. Por ello, creemos que esta capacidad de adaptación se manifiesta desde tres facetas fundamentales:

- **Cognitiva:** autoconcepto, razonamiento analógico e inductivo, generación de estrategias.
- **Motivacional:** eficacia, persistencia, metas, valores.
- **Conductual:** repertorios, prácticas, rituales, hábitos, recursos interpersonales, conducta lingüística.

Todo ello nos indica que los aspectos cognitivos de la inteligencia cultural se asientan en las teorías de la identidad puesto que para poder actuar es necesario un conocimiento amplio del self, del

ambiente social y del manejo de la información del contexto. Nuestros datos indican que aquellas personas que perciben que la Inteligencia Cultural es algo fijo y estable y que, por lo tanto, la gente tiene una determinada capacidad de adaptación cultural, tienen mayores problemas de adaptación y, por consiguiente, sufren estrés de aculturación en mayor medida (Tabernero et al, 2005).

Dada la diversidad cultural recogida en el sistema educativo, parece necesario que un educador conozca los efectos de la aculturación en el alumno y que analice y facilite las estrategias que permitan que éste mantenga niveles de autoestima elevados. En el siguiente apartado, se analizan las implicaciones que las políticas culturales adoptadas por los sistemas educativos pueden tener en las estrategias de aculturación y, por consiguiente, los efectos psicológicos en los alumnos.

Self en grupos dominantes versus no dominantes

No siempre la persona puede optar por la estrategia de aculturación que desearía, su elección puede verse condicionada por el tipo de cultura del grupo dominante en el que se intente integrar. Si bien el esquema propuesto anteriormente por Phinney (1990) se asienta en las cuatro estrategias posibles del modelo de Berry (2002), debemos destacar que estas estrategias podrían establecerse en culturas donde no hay un grupo dominante, pero cuando existe un grupo dominante que trata de imponer su cultura las estrategias necesariamente cambian.

Básicamente, querríamos destacar que este marco contextual como grupos dominantes o no, es el que el profesorado puede establecer en la política cultural que vaya a determinar para afrontar la diversidad cultural en su centro. Evidentemente el reto es conseguir la aceptación de una sociedad plural donde las elecciones individuales puedan determinar libremente las actitudes hacia la aculturación, permitiendo diferentes modos de ajuste y adaptación. Eshel y Rosenthal (2000) han demostrado que en las sociedades con una ideología de aculturación más asimilacionista, como la sociedad Israelí, el proceso de ajuste social y cultural puede reflejar diferentes estrategias de aculturación en las que se persiga un único fin, ser absorbidos por la cultura dominante.

Construcción cultural del self

Self en un contexto cultural

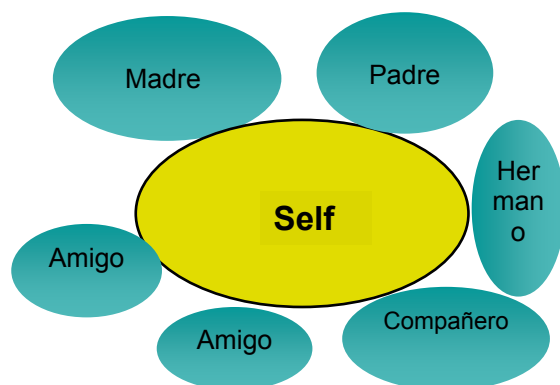
Desde hace poco más de una década, la investigación viene confirmando repetidamente que existe una relación entre la orientación cultural y la concepción del self. Por ejemplo, Trafimov y sus colegas (Trafimov, Triandis y Goto, 1991) estudiaron el tipo de respuestas que los alumnos daban al TST (Twenty Statement Test) en base a su lugar de procedencia, EEUU o China. Sorprendentemente los norteamericanos se describen más a sí mismos en base a rasgos individuales como “Soy inteligente, brillante, tímido” mientras que los asiáticos se describen considerando sus grupos de referencia “Soy estudiante universitario”. Este resultado les llevó a preguntarse si la percepción del sí mismo sería la misma en un contexto aislado y de competición de cómo lo haría en un contexto relacional de cooperación.

Los resultados demuestran que aquellos contextos que nos hacen sentir como miembros de un grupo resaltando las semejanzas, es decir, acusando la homogeneidad o asimilación intragrupal, la cooperación y colaboración hacen que nuestra conducta sea más colectiva e interrelacional. Por el contrario aquellos contextos en los que se fomenta la diferenciación intragrupal y la competición, generan conductas más individualistas e interpersonales. Analizando estos resultados, deberíamos volver al concepto de identidad social anteriormente presentado puesto que facilitar la identificación con el grupo no sólo consolida la identidad social, también genera autoestima en los individuos. Por otra parte, en los contextos de diferenciación hay que recordar que la diferenciación intergrupala también constituye una forma de conseguir distintividad e identidad social positiva. Las consecuencias prácticas que podrían traducirse de estos resultados se reflejarían en la posibilidad de incrementar la autoestima de personas que pertenezcan a grupos minoritarios y que de esta forma podrían verse identificadas e integradas.

Por lo tanto, la forma en la que nos percibimos, evaluamos y nos presentamos a los demás puede verse influida por la orientación cultural en la que desarrollamos nuestra conducta. Markus y Kitayama (1991) presentan algunas diferencias culturales en la construcción del self según las cuales podemos identificar dos culturas: una cultura individualista con una visión independiente del self y una cultura colectivista con una visión interdependiente del self (Figura 5).

Como podemos comprobar, los cambios que la construcción del self experimenta en base a la cultura donde se desarrolla, han pasado a ser uno de los temas centrales de investigación en los últimos años. Las investigaciones se han desarrollado mayoritariamente desde dos contextos, uno Europeo-Americano y el otro Asiático, representantes del self independiente e interdependiente, individualistas y colectivistas, respectivamente. Mientras los primeros tienden a verse a sí mismos como seres únicos, seguros de sí mismos e independientes del contexto, con capacidad de influir sobre los demás y tomar la iniciativa; los segundos se ven a sí mismos como seres relacionales, contextuales y partes del contexto, por ello antes de actuar tienen que consensuar la acción con aquellos que se ven afectados, sus iguales. Es decir, el self como agente de acción o como agente de adaptación.

A. Visión independiente del self



B. Visión interdependiente del self

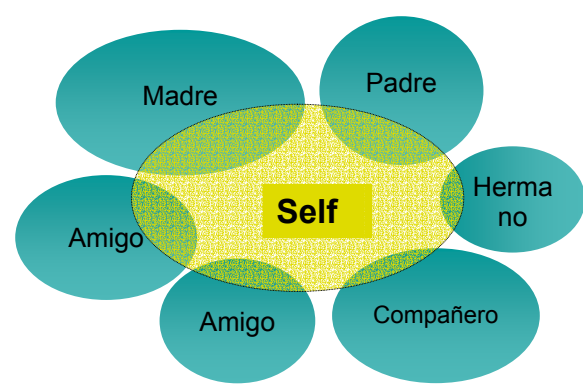


Figura 5. Construcción cultural del self propuesta por Markus y Kitayama (1991).

Tratando de profundizar en los cambios que ha sufrido la estructura del autoconcepto a lo largo del tiempo, algunos investigadores han desarrollado numerosas investigaciones transculturales a este respecto. Dado que la mayoría de la población mundial reside en sociedades colectivistas nos sorprende que se hayan encontrado diferencias en las respuestas dadas a la TST (Twenty Statement Test). En general, tanto americanos, como canadienses y europeos han identificado su **autoconcepto** en base a atributos personales; mientras que en países más colectivistas como China, México, Japón, India o Kenia, las personas realizan más descripciones sociales al describirse a sí mismas (Ip y Bond, 1995; Ma y Schoeneman, 1997). Estas investigaciones sugieren que las diferentes perspectivas culturales del individualismo y colectivismo influyen en el grado en el que nos identificamos con los diferentes grupos en nuestra sociedad, y estos procesos de identificación son el reflejo de las diferencias básicas en el origen de nuestro autoconcepto.

Pero esta visión diferencial del lugar que ocupa el individuo en una sociedad individualista o colectivista no sólo influye en la estructuración del autoconcepto, también determina el desarrollo que un individuo debe seguir en la sociedad, es decir, los **procesos de socialización** en los cuales estaríamos más interesados desde la Educación. Dentro de las sociedades colectivistas se enfatizará la pertenencia al grupo, la conformidad, la cooperación, la dependencia, mientras que en las sociedades individualistas se valorará la independencia, la propia realización y el desarrollo personal, el éxito. Una consecuencia directa de esta visión individualista es que los individuos desarrollan una mayor creencia en su propia unicidad y diversidad. Esta creencia en la unicidad es alimentada por el propio sistema educativo y su manifestación es considerada un signo de madurez personal (Pratt, 1991). Pero en sentido contrario, en las sociedades colectivistas las creencias en la unicidad y diversidad personal son consideradas como un obstáculo para el propio desarrollo y crecimiento personal (Kim y Choi, 1994). Incluso si pidiéramos a un individuo procedente de una sociedad individualista que dibujara un autorretrato, éste intentaría reflejar su éxito personal, mientras que si la persona procediera de una sociedad colectivista el retrato sería el reflejo del esfuerzo del grupo.

Por lo tanto, sabemos que las culturas pueden orientarse hacia el individuo o hacia el colectivo, pero no todos aquellos que viven en una determinada cultura tienen la misma visión de sí mismos. Es más, una de las críticas expuestas por Morales y sus colaboradores (Aguirre y Morales, 2000; Molero, Gaviria y Morales, 2000; Morales, Huici, Moya, Gaviria, López-Sáez y Nouvilla, 1999; Morales, Gaviria, Molero, Arias y Páez, 2000; Morales, López y Vega, 1992) se centra en la bipolaridad de la dimensión individualismo-colectivismo y la falta de consideración en la variabilidad intra-cultural, aspecto que ya hemos apuntado anteriormente. Por ejemplo, a pesar de vivir en una cultura con una orientación individualista muy marcada como puede ocurrir al vivir en EEUU, si una persona tiene sus raíces en México, India o Asia, sus raíces culturales harán que predomine una orientación más colectivista (Gaines, 1995). Dado que la sociedad española ha sido considerada como individualista en los trabajos de Hofstede (1980), nos podríamos preguntar si ocurriría lo mismo con la étnia gitana o las nuevas corrientes migratorias procedentes de personas del este de Europa, Latinoamérica o los flujos migratorios del norte de África. Intentaremos abordar desde la teoría de la

construcción cultural qué cambios afrontará el self y cómo se irá definiendo el autoconcepto ante los cambios culturales.

Así nos preguntamos cómo puede resolverse el *conflicto bicultural*. Pues bien, investigaciones desarrolladas recientemente por Oyserman y sus colaboradores (1998) han demostrado que **conjugar ambas visiones u orientaciones** individualistas y colectivistas, no sólo beneficia la salud del biculturalismo sino que aporta un gran beneficio a la sociedad al incorporar tanto los valores de la autonomía como los valores de las obligaciones sociales. En la respuesta dada por Oyserman al conflicto bicultural podemos encontrar algunas pistas para resolver el interrogante sobre cómo enfrentarnos a la diversidad en los centros escolares y qué tipo de cultura o política educativa deberíamos desarrollar.

Desafortunadamente, el grado en el que el autoconcepto varía dependiendo de los valores culturales apenas tiene una década de estudio, por lo tanto tan sólo acaba de comenzar su andadura. Sin embargo, sería interesante destacar que gran parte de los estudios realizados sobre el self han partido de culturas individualistas en las que la identidad personal constituye el núcleo central en el proceso de socialización. Esta reflexión nos lleva a ser cautos con las afirmaciones y posibles generalizaciones planteadas en relación al autoconcepto.

Teoría de la construcción cultural del self

Antes de presentar la teoría de la construcción cultural del self (Kitayama 2002; Kitayama y Markus, 1999), conviene resaltar que la independencia e interdependencia de la dimensión bipolar individualismo-colectivismo procede de diferentes estilos culturales de vida, según los cuales sentimos, pensamos, actuamos e interactuamos. Por lo tanto la independencia e interdependencia no hacen referencia a las personalidades en regiones del mundo diferentes. Sin embargo, el que algunos estudios hayan mostrado a los norteamericanos como más eficaces que los asiáticos, y éstos más interrelacionados que los norteamericanos, es el producto de la sinergia entre los factores culturales y personales. Por ello, es importante resaltar que cuando analizamos la conducta de una persona, ésta tiene que enmarcarse dentro de una cultura y una situación social.

La construcción de las situaciones sociales está cargada de aspectos culturales como imágenes, iconos, conceptos, todos los elementos del lenguaje, la conducta verbal y no verbal y el conocimiento tácito, el significado que cada uno de estos elementos tiene dentro de una cultura determinada. Estos recursos se han acumulado durante generaciones a través de la historia de cada grupo cultural. Así es fácilmente constatable que cada grupo cultural tiene diferentes recursos que ayudan a la construcción y el diseño de la vida diaria. Según esta premisa, aquel tipo de situación social que se hace más congruente con el modelo cultural del self se convierte en situación primaria.

Siguiendo con el argumento anterior, el tipo de situaciones sociales primarias en Norteamérica serían aquellas que facilitan el self como agente de influencia de persuasión social, mientras que en Asia sería un agente de adaptación interrelacional. Evidentemente en ambas culturas existen ambos tipos de situaciones sociales culturales, de influencia y de adaptación, sin embargo en unas son primarias y en otras secundarias. Concluyendo, las situaciones sociales

disponibles en cada contexto cultural facilitan, invitan y favorecen la existencia de determinadas tendencias psicológicas. De esta forma no nos sorprende ver que los ciudadanos canadienses tengan más autoestima que los japoneses, sin embargo a lo largo de dos generaciones de japoneses viviendo en una cultura que favorece el self como agente de acción podemos ver cómo no hay diferencias en la escala de autoestima frente a las puntuaciones canadienses (Heine y Lehman, en prensa).

En resumen, el discurso seguido en los párrafos anteriores representa la esencia de la teoría de la construcción cultural del self donde entran en juego tres elementos: la cultura (dependiente o interdependiente), las situaciones sociales (primarias o secundarias) y las tendencias psicológicas favorecidas tanto social como culturalmente (orientación al logro o a las relaciones). La Figura 6 representa el papel mediador de las situaciones sociales sobre la construcción del self desde ambos contextos culturales, independientes o interdependientes (Kitayama 2002; Kitayama y Markus, 1999).

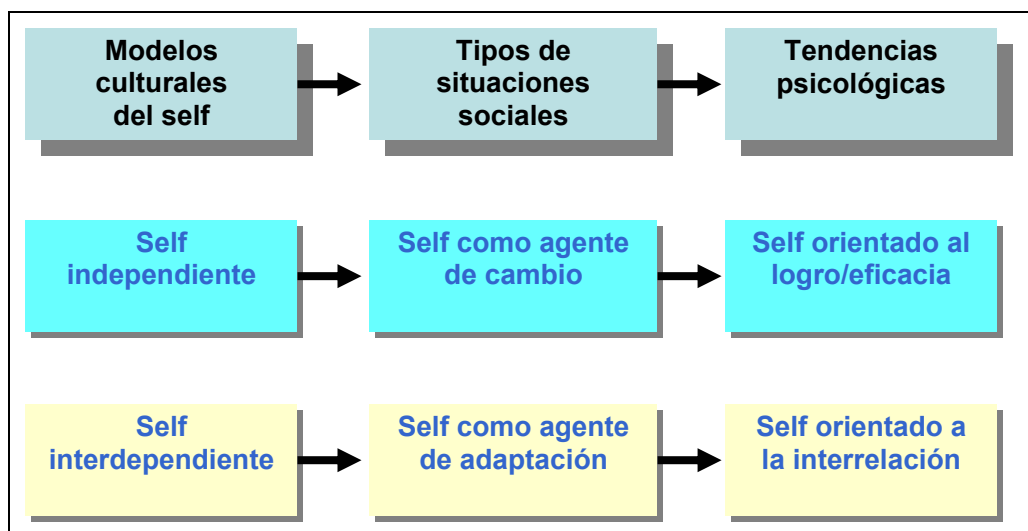


Figura 6. Teoría de la construcción cultural del self propuesta por Kitayama (2002) y Kitayama y Markus (1999).

En los últimos años, Morling, Kitayama y Miyamoto (2002) han realizado una investigación que aporta apoyo empírico a esta teoría. En el procedimiento seguido, recogen situaciones sociales en las que el self es presentado como agente de cambio (p. ej. “Es un gran libro, cómpratelo”) o agente de adaptación (p. ej., “Siempre que salgo de compras contigo, aunque no me gusten las cosas acabo comprándolas”) en ambas culturas, independiente o interdependiente. Así, crearon diferentes escenarios de conducta en los que personas de una u otra cultura debían valorar su eficacia percibida en la situación social de cambio o adaptación e, igualmente, su afinidad relacional ante situaciones de cambio o adaptación. Los resultados se muestran en las siguientes Figuras 7 y 8.

Figura 7. Las situaciones sociales de influencia facilitan los juicios de autoeficacia en personas procedentes tanto de culturas independientes como interdependientes.

Percepción de autoeficacia ante diferentes situaciones sociales

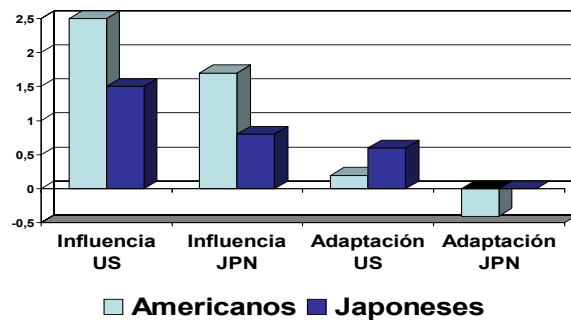
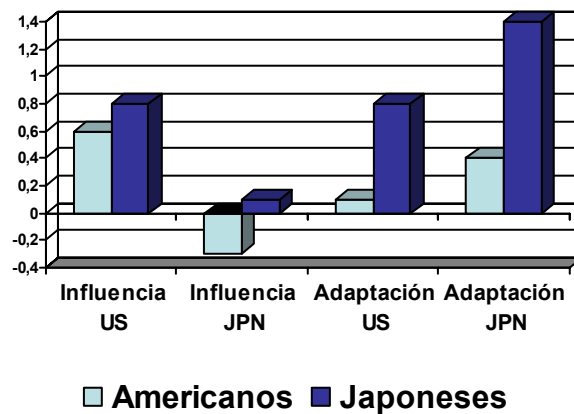


Figura 8. Las situaciones sociales de adaptación facilitan las evaluaciones de afinidad interpersonal percibida en personas procedentes tanto de culturas independientes como interdependientes.

Afinidad interpersonal percibida ante diferentes situaciones sociales



Desde un punto de vista aplicado, este resultado nos permite afirmar que podemos favorecer los juicios de autoeficacia en las personas generando situaciones sociales en las que se favorezca su papel como agentes de cambio. Igualmente podemos favorecer las percepciones de afinidad personal en las personas generando situaciones sociales en las que se favorezca su papel como agentes de adaptación. Todo ello, con independencia de la cultura predominante. Siguiendo las indicaciones de los estudios previos, podemos sugerir que en los procesos de socialización y en los contextos educativos donde se desarrolla el self se debe favorecer tanto el desarrollo personal como el interpersonal, ambos desarrollos son vitales y enriquecedores para el alumno y ambos oscilan en un continuo de motivación. Por otra parte, el interés por fomentar y generar autoeficacia cultural en los alumnos inmigrantes puede residir en el incremento de confianza en que serán capaces de afrontar con éxito situaciones de cambio cultural (Tabernero et al., 2005).

En base a los resultados expuestos anteriormente y tratando de extrapolar la teoría de la distintividad óptima a esta teoría de la construcción cultural del self, podríamos afirmar que nuestras necesidades de independencia e interrelación no forman parte de una dimensión bipolar. Por lo tanto

son dos dimensiones que la persona necesita satisfacer para su propio desarrollo. Por ello, no existe una homogeneidad dentro de las culturas individualistas o colectivistas, e incluso el contexto en el cual se evalúa el individualismo-colectivismo puede potenciar uno u otro valor. También podríamos afirmar que cuando una persona actúa de forma extremadamente independiente se ven afectadas sus necesidades de interrelación, y viceversa. Por lo tanto, ambas necesidades podrían formar parte de un sistema de tensiones que lograría un nivel de desarrollo óptimo a través de las situaciones sociales que actúan como mediadoras en el sistema (véase Figura 2). Nuevamente, las situaciones sociales creadas actúan como mediadoras potenciando o “activando” el desarrollo personal o interpersonal del alumno. El reto está en conseguir un desarrollo óptimo a través de la construcción de un contexto social y cultural primario atendiendo a la diversidad del alumnado.

Conclusión e implicaciones

A modo de **conclusión**, quisiera terminar la ponencia con la idea de que una combinación de elementos de ambas culturas, independientes e interdependientes, sería lo más saludable para el desarrollo personal e interpersonal del individuo. Así mismo, conjugar ambas visiones u orientaciones individualistas y colectivistas, no sólo beneficia la salud del biculturalismo sino que aporta un gran beneficio a la sociedad al incorporar tanto los valores de la autonomía como los valores de las obligaciones sociales. Desde la revisión teórica realizada hemos recogido la necesidad de asimilación y diferenciación en la definición de la identidad social como un sistema de tensiones hasta llegar a definir un nivel de distintividad óptimo. Ahora nuevamente nos encontramos con este sistema de tensiones entre la independencia o la interdependencia. Basándonos en ambas necesidades de asimilación y diferenciación, en ambos modelos culturales independientes e interdependientes, quizá deberíamos asumir que el papel mediador de **las situaciones sociales** por el cual se favorecen las tendencias psicológicas del individuo en su desarrollo completo, personal e interpersonal está, aunque no por completo, en manos de los sistemas educativos.

Bibliografía

- Aguirre, A. y Morales, J. F. (2000). *Identidad cultural y social*. Barcelona: Bardenas. Capítulo 3: J. F. Morales: La identidad Social.
- Berry, J. W. (1997). Immigration, acculturation and adaptation. *Applied Psychology: An International Review*, 46, 5-68.
- Berry, J. W. (2002). *Acculturation strategies: Implications of research findings for policies to manage diversity*. Comunicación presentada en el XXV International Congress of Applied Psychology, Singapur, 7-12 de julio.

- Brewer, M. B. (1991). The social self: On being the same and different at the same time. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 17, 475-482.
- Briones, E., Tabernero, C. y Arenas, A. (2005a, en revisión). Satisfacción con el país de acogida de los estudiantes inmigrantes. Influencia de las actitudes de aculturación y el sesgo endogrupal. *Psicothema*.
- Briones, E., Tabernero, C. y Arenas, A. (2005b, en revisión). Variables psicosociales implicadas en los procesos de integración social en la escuela. *Educación y Cultura*.
- Brown, J. D. (2001). The nature of the self. The nature of the me. *Annual Editions: Social Psychology 2001/2002*, pp. 9-16. McGraw-Hill, Guilford.
- Carroll, J.B. (1997). The three-stratum theory of cognitive abilities. En D.P. Flanagan, J.L. Genshaft, y P.L. Harrison (Eds.), *Contemporary intellectual assessment: Theories, tests, and issues* (pp. 122-130). Nueva York: The Guilford Press.
- Earley, P. C. (2002). *Bridging the boundaries across cultures: Lessons for practice from a Theory of Cultural Intelligence*. Comunicación presentada en el XXV International Congress of Applied Psychology, Singapur, 7-12 de julio.
- Eshel, Y. y Rosehtal, M. (2000). Acculturation attitudes and sociocultural adjustment of Sojourner youth in Israel. *The Journal of Social Psychology*, 140, 677-691.
- Gaines, S. O., Jr. (1995). Relationships between members of cultural minorities. En J. T. Wood y S. Duck (Eds.), *Under-studied relationships: Off the beaten track* (pp. 51-88). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Gordon, C. (1968). Self-conceptions: Configurations of content. En C. Gordon y K. Gergen (Ed.), *The self in Social Interaction*. Nueva York: Wiley.
- Heine, S. J. (2001). Self as cultural product: An examination of East Asian and North American Selves. *Journal of Personality*, 69, 881-906.
- Heine, S. J. (2003). An exploration of cultural variation in self-enhancing and self-improving motivations. *Nebraska Symposium of Motivation*.
- Heine, S. J. y Lehman, D. R. (2004). Move the body, change the self: Acculturative effects of the self-concept. En M. Schaller y C. Crandall (Eds.), *Psychological Foundations of Culture*. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Hofstede, G. (1980). *Culture's consequences: International differences in work-related values*. Newbury Park, CA: Sage
- Ip, G. W. M. y Bond, M. H. (1995). Culture, values, and the spontaneous self-concept. *Asian Journal of Psychology*, 1, 29-35.

- Kashima, Y., Yamaguchi, S., Kim, U., Choi, S., Gelfand, M. J. y Yuki, M. (1995). Culture, gender, and self: A perspective from individualism-collectivism research. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69, 925-937.
- Kim, U. y Choi, S. (1994). Individualism, collectivism, and child development: A Korean perspective. En P. M. Greenfield y R. R. Cocking (Eds.), *Cross-cultural roots of minority child development* (pp. 227-257). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Kitayama, S. (2002). Cultural psychology of the self: A renewed look at independence and interdependence. En C. Hofsten y L. Bäckman: *Psychology at the turn of the Millennium*. London: Psychology Press.
- Kitayama, S. y Markus, H. R. (1999). Yin and yang of the Japanese self: The cultural psychology of personality coherence. En D. Cervone y Y. Shoda (Eds.), *The coherence of personality: Social cognitive bases of personality consistency, variability, and organization*. NY: Guilford. (pp. 242-302).
- Kosic, A. (2002). Acculturation attitudes, need for cognitive closure, and adaptation of immigrants. *Journal of Social Psychology*, 142, 179-201
- Kunh, M. H. (1969). Self-attitudes by age, sex and professional training. En G. I. Stone y H. Fabermann (Eds.), *Social Psychology through Symbolic Interaction*. Whaltam: Ginn Blaisdel.
- Lewin, K. (1948). *Resolving social conflicts; selected papers on group dynamics*. Gertrude W. Lewin (ed.). New York: Harper y Row.
- Ma, V. y Schoeneman, T. J. (1997). Individualism Versus Collectivism: A Comparison of Kenyan and American Self-Concepts. *Basic and Applied Social Psychology*, 19, 261-273.
- Markus, H. y Oyserman, D. (1989). Gender and thought: The role of the self-concept. En M. Crawford y M. Gentry (Eds.), *Gender and Thought: Psychological Perspectives*. New York: SpringerVerlag New York, Inc., pp. 100-127.
- Markus, H. y S. Kitayama. (1991). Culture and the self: implications for cognition, emotion, and motivation. *Psychological Review*, 98, 224-253.
- Maslach, C. (1974). Social and personal bases of individuation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 29, 411-425.
- Molero, F., Gaviria, E. y Morales, J. F. (2000). Una evaluación crítica del individualismo-colectivismo. En D. Caballero, M. T. Méndez, y J. Pastor: *La mirada psicosociológica: Grupos, procesos, lenguajes y culturas*. (pp. 601-606). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Morales, F. J., Huici, C., Moya, M., Gaviria, E., López-Sáez, M. y Novillas, E. (1999). *Psicología Social*. Madrid: McGraw-Hill / Interamericana de España. Capítulo 17: C. Huici: Las relaciones entre grupos (pp. 209-218).
- Morales, F. J., López, M. y Vega, L. (1992). Individualismo, colectivismo e identidad social. *Revista de Psicología Social, monográfico*, 49-72.

- Morales, J. F., Gaviria, E., Molero, F., Arias, A. y Páez, D. (2000). Individualism: one or many? *Psicothema*, 12, 33-44.
- Morling, B., Kitayama, S. y Miyamoto, Y. (2002). Cultural practices emphasize influence in the US and adjustment in Japan. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 28, 311-323.
- Oyserman, D., Sakamoto, I. y Lauffer, A. (1998). Cultural accommodation: Hybridity and the framing of social obligation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 1606-1618.
- Phinney, J. S. (1990). Ethnic identity in adolescence and adulthood: A review of research. *Psychological Bulletin*, 108, 499-514.
- Pickett, C. L. y Brewer, M. B. (2001). Assimilation and differentiation needs as motivational determinants of perceived in-group and out-group homogeneity. *Journal of Experimental Social Psychology*, 37, 341-348.
- Pratt, D.D. (1991). Conceptions of self within China and the United States. *International Journal of Intercultural Relations*, 15, 285-310.
- Ros, M. y Gouveia, V. V. (2001). *Psicología social de los valores humanos*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva. Capítulo IX: A. Gómez y C. Huici: Valores y reducción del prejuicio (pp. 219-238).
- Rosenberg, M. (1979). *Conceiving the self*. New York: Basic Books
- Shaffer, L. S. y Sherif, C. V. (1973). *Surveillance gadgetry and task significance as variables in research*. Comunicación presentada en Eastern Psychological Association, Washington, D.C., mayo.
- Snyder, C. R. y Frankin, H, L. (1980). *Uniqueness. The human pursuit of differences*. Nueva York: Plenum.
- Sternberg, R. J. (1999). The theory of successful intelligence. *Review of General Psychology*, 3, 292-316.
- Tabernero, C., Briones, E. y Arenas, A. (2004). *The impact of implicit theories and self-efficacy on acculturation strategies. A social-cognitive model*. Paper presented at the XXVIII International Congress of Psychology, Beijing (China), 8-13th August 2004.
- Tabernero, C., Briones, E. y Arenas, A. (2005). *Acculturation stress explained from cultural self-efficacy, cultural intelligence, cultural identity and social support*. Paper submitted at the XXVI International Congress of Applied Psychology, Athens (Greece), July 2006.
- Trafimov, D., Triandis, H. C. y Goto, S. G. (1991). Some tests of distinction between private and collective self. *Journal of Personality and social Psychology*, 60, 649-655.

- Tajfel, H. y Turner, J.C. (1985). La teoría de la identidad social de la conducta intergrupala. En J.F. Morales y C. Huici (eds.), *Lecturas de Psicología Social*. pp. 223-259. Madrid: Cuadernos de la UNED. C.U. 075.
- Ward, C. (1996). Acculturation. En D. Landis y R. S. Bhagat (Eds.), *Handbook of intercultural training*, (pp. 124-147). Thousand Oaks: Sage Publications.
- Zavalloni, M. (1973). Social Identity: perspectives and prospects. *Social Science Information*, 12, 65-91.